

Sindicalismo latinoamericano, un futuro incierto

Wachendorfer, Achim

Achim Wachendorfer: Investigador alemán residente en Argentina. Doctor en Ciencias Políticas por la Universidad de Heidelberg. Ha trabajado en varios países latinoamericanos en relación con el movimiento sindical. Autor de diversos libros y ensayos sobre temas laborales.

Crisis económica y políticas de ajuste definen hoy el marco en el cual se desenvuelve la vida sindical en América Latina. La fuerte reducción del aparato productivo y el achicamiento del Estado significan la eliminación de un gran número de puestos de trabajo en áreas que han sido esenciales y estratégicas para la organización sindical, reflejando una drástica reducción del número de trabajadores y de la tasa de afiliación. El movimiento sindical registra una serie de déficit estructurales y a la vez está envuelto en una crisis programática. Viejas concepciones ya no dan respuestas a un conjunto de nuevos desafíos, sin que aún se perfilen alternativas claras. A la vez, los cambios en Europa oriental provocarán, sin duda, una serie de reagrupamientos y transformaciones en el sindicalismo internacional y latinoamericano.

El movimiento sindical en todas partes debe hacer frente a una situación problemática: las altas tasas de desempleo y/o subempleo que condicionan la acción sindical, reestructuración y recomposición de la fuerza laboral, y los cambios profundos en la organización del trabajo que, impulsados por las nuevas tecnologías, hacen obsoletas, cada día más, viejas prácticas y recetas requiriendo nuevas estrategias y respuestas sindicales.

Si bien algunos de estos fenómenos se expresan en forma más clara y contundente en los países industrializados, también se sienten en América Latina, donde se combinan con una de las peores crisis económicas que ha vivido la región. Este conjunto de problemas se plantea a un sindicalismo que está marcado por fuertes diferencias. Es decir, que el movimiento sindical latinoamericano no puede ser

pensado como algo homogéneo, uniforme, sino más bien como una suma de organizaciones sindicales que se diferencian profundamente respecto de su composición social, su tradición política, su ideología, estructura organizativa, posición en la sociedad y su forma de acción. Por eso, cualquier juicio sobre el movimiento sindical latinoamericano puede tener solamente un valor relativo. Sin embargo, a pesar de su diversidad, los sindicatos de los distintos países latinoamericanos se ven confrontados hoy a una serie de problemas y retos similares que condicionan su futuro.

El impacto de la crisis económica sobre el movimiento sindical

La posición de América Latina en la economía mundial se ha debilitado notablemente como consecuencia de una nueva división internacional del trabajo. Muchas materias primas y productos provenientes de esta región registran cada día menor demanda en el mercado mundial. Al mismo tiempo aumenta la brecha tecnológica, con la consiguiente reducción de la competitividad de la industria local. Además, el argumento histórico de la disponibilidad de una fuerza de trabajo barata, dada la tecnificación de la producción, tiene cada vez menos importancia para atraer inversiones extranjeras. Estos y otros factores combinados con el peso de la deuda externa han ido provocando una fuerte crisis económica, que se ha generalizado en toda la región.

La mayoría de los gobiernos de la región intentan, en concordancia con instituciones financieras internacionales, enfrentar esta situación con recetas neoliberales que implican a su vez una reducción sustancial del aparato industrial y un achicamiento del Estado.

Los efectos de la crisis, sumados a las políticas económicas aplicadas por los diferentes gobiernos, provocan impactos sumamente negativos para el movimiento sindical en América Latina. Algunos ejemplos ilustran estas afirmaciones: en varios países pequeños y medianos de la región el poder sindical se basó tradicionalmente en los trabajadores de los enclaves exportadores. Así fue el caso de Bolivia con los mineros y de República Dominicana con los obreros azucareros. Cuando en el mercado mundial cayeron la demanda y los precios del estaño y del azúcar, esos renglones de la economía fueron prácticamente erradicados, provocando un debilitamiento decisivo del movimiento sindical en dichos países.

En otras naciones las crisis y las políticas de ajuste derivaron en una virtual desindustrialización. En el caso de Argentina, por ejemplo, el desmantelamiento del

aparato industrial y por ende la reducción de puestos de trabajos industriales ha llegado a niveles dramáticos. Sindicatos industriales claves han perdido en menos de dos años entre 20-50% de sus afiliados. En el sindicato de la construcción esa tendencia es aún más fuerte, reduciéndose la afiliación a un tercio.

Los gobiernos de la región, con el objeto de equilibrar las finanzas estatales, establecen políticas de ajuste que apuntan, en varios países, a reducir el sector público tanto en la administración central como en las empresas del Estado, en este último caso frecuentemente a través de privatizaciones. Solamente en los casos de Brasil y Argentina los respectivos gobiernos han amenazado con despidos de varios cientos de miles de empleados públicos. Si se tiene en cuenta que el sector público generalmente se caracteriza por una alta sindicalización, esto significará otra fuente de debilitamiento sindical. Si bien algunos de estos países pueden considerarse ejemplos extremos, existen tendencias similares en la mayoría de naciones latinoamericanas.

Las consecuencias son claras: los programas económicos y las políticas de ajuste conllevan una fuerte reducción de la sindicalización en América Latina, una tendencia que puede agudizarse aún más en los próximos años. Los más afectados en estos procesos son los obreros de las industrias y de los enclaves de exportación - generalmente vistos como eje de la organización sindical - y los empleados públicos, otro sector de suma importancia para el movimiento obrero.

Los casos de Brasil, Chile y Paraguay, donde contrariamente a lo señalado anteriormente se observa un fuerte crecimiento de la afiliación sindical, constituyen precisamente excepciones que confirman la regla. En estos países los regímenes dictatoriales habían impedido con métodos represivos la extensión de la organización sindical autónoma. En este sentido la tasa de organización sindical llegaba a finales del proceso dictatorial en Paraguay a apenas el 3% y en Chile aproximadamente al 10%. En la actualidad, bajo condiciones democráticas, se visualiza un crecimiento de la afiliación partiendo de estos bajos niveles. Pero también cabe señalar, que así como para los demás países latinoamericanos, el potencial organizativo, es decir la cantidad de trabajadores en condiciones objetivas de sindicalizarse, ha decrecido con respecto a la década anterior.

Esta tendencia a la reducción de puestos de trabajo asalariados, legalmente protegidos, se refleja en un fuerte aumento del cuentapropismo y en el acentuado crecimiento del sector informal. En este sector prácticamente no existen aún las condiciones indispensables para formar sindicatos, por lo menos en lo que a la forma tradicional se refiere.

La reducción del trabajo asalariado y el crecimiento del trabajo informal traen aparejados problemas para el movimiento sindical. Ello no significa solamente una sensible reducción del poder sindical en la sociedad, sino que también afecta la legitimidad del movimiento sindical, que paulatinamente representa una parte cada vez menor de la fuerza laboral. Esta brecha tampoco puede ser resuelta con discursos, en los que los dirigentes sindicales reivindiquen la representación de los informales. Es más, existen escasas evidencias de que los informales se sientan representados, identificados o atraídos por los sindicatos. Más bien podría decirse que dada la falta de capacidad del movimiento sindical para desarrollar estrategias y políticas adecuadas hacia este sector, existiría el peligro de que los informales percibieran a los sindicalizados como una casta privilegiada de propietarios de puestos de trabajo.

Una herencia pesada: déficit estructurales del sindicalismo

Soportar y resistir los efectos y costos sociales de la devastadora crisis económica sería extremadamente difícil para cualquier movimiento sindical, aun si se encontrase en condiciones óptimas. Tanto más para el movimiento latinoamericano, que está lejos de poseer los elementos necesarios para confrontar efectivamente con la crisis, al soportar una carga pesada de déficit estructurales, derivados en gran parte de la conformación histórica de las sociedades latinoamericanas:

- Como consecuencia de la estructura económica un porcentaje reducido de la fuerza laboral se encuentra en condiciones de organizarse sindicalmente. Si bien en algunos países la tasa de sindicalización es (o era hasta hace poco) relativamente importante, en la región el promedio de la misma resulta relativamente bajo.
- Dentro de la misma actividad económica hay una extrema heterogeneidad que se refleja en fuertes diferenciaciones respecto a salarios, condiciones de trabajo y beneficios sociales, factores que dificultan las posibilidades de consensuar estrategias sindicales.
- Las estructuras organizativas se caracterizan, generalmente, por un alto grado de dispersión y disfuncionalidad, reproduciendo la heterogeneidad económica. En una misma central pueden coexistir sindicatos de industria, de oficios y de empresa, frecuentemente divididos en obreros, empleados y personal superior.
- Por lo general, debido a la situación social, los sindicatos latinoamericanos tienen serios problemas de autofinanciamiento. La falta de fondos para desarrollar ade-

cuadamente las tareas y funciones sindicales crea cierta dependencia respecto a financiamientos externos, que pueden estar combinados con presiones políticas.

- Existen acentuadas divisiones ideológicas como consecuencia de lo cual en varios países actúan tres o más centrales sindicales. Esto se combina frecuentemente con relaciones de dependencia respecto de partidos políticos, la Iglesia y el gobierno.

- Como consecuencia de la heterogeneidad de las economías latinoamericanas se han constituido en cada país sectores sindicales en los renglones económicos estratégicos que disponen de un gran poder de negociación, mientras los sindicatos restantes carecen de medios de presión efectivos.

- El Estado se asigna en la mayoría de los países el derecho de condicionar fuertemente las relaciones laborales, las estructuras sindicales, fijar las pautas salariales e intervenir en asuntos sindicales.

Estos déficit estructurales, que en su gran mayoría no son responsabilidad del movimiento sindical sino producto de las sociedades latinoamericanas en su conjunto, se asocian a una tradición autoritaria dentro de la cual los factores de poder sostienen posiciones marcadamente antisindicales. Estas no derivan solamente de las numerosas dictaduras militares, sino también de los gobiernos civiles e igualmente de un empresariado que en general no logró adquirir una moderna conciencia capitalista. En la concepción de estos factores de poder no cabe un espacio para la existencia de un sindicalismo autónomo. Para evitarla optan, según lo requiera el caso, por integrar las organizaciones sindicales al poder en forma subordinada o por confrontarlas.

La agonía de viejas concepciones

Los problemas sindicales derivados de la situación económica se asocian a una crisis programática y a las serias dificultades de encontrar respuestas adecuadas frente a los nuevos retos y desafíos. Esto se refleja en el fuerte cuestionamiento de algunas concepciones sindicales que históricamente ejercieron gran influencia en el movimiento sindical en América Latina. Básicamente tres modelos sindicales han tenido un peso fundamental en la práctica y política sindical desde hace varias décadas:

- La concepción de un sindicalismo apolítico, de aceptación del sistema económico y social imperante, impulsado y promovido por el sindicalismo estadounidense y el «Instituto Americano del Sindicalismo Libre» (IADSL).
- La corriente leninista, que propugna la subordinación del movimiento sindical a los intereses partidarios y actúa según un paradigma dogmático e inflexible.
- El modelo sindical populista, basado en tradiciones corporativistas y nacionalistas, que se orienta hacia un Estado fuerte, autoritario y distribuidor.

Desde hace varios años estos tres modelos sindicales exhiben fuertes síntomas de crisis y decadencia. La concepción de un sindicalismo apolítico se ha hecho obsoleta debido a su inviabilidad frente a las realidades económicas y sociales. Hoy en día influye solamente en sectores sindicales marginales.

El modelo populista, con fuerte arraigo y tradición fundamentalmente en Argentina, aunque también en México, está desgastado y presenta serios problemas de funcionamiento en un contexto mundial internacionalizado, dentro de una sociedad pluralista y frente a Estados que no tienen más su antigua capacidad distributiva. Esto se ve claramente reflejado en Argentina donde el sindicalismo peronista resulta impotente frente a un gobierno igualmente peronista que, habiendo llegado al poder con fuerte apoyo suyo, implementa hoy una política tendiente de hecho a marginar al movimiento sindical.

En fin, la concepción sindical leninista de subordinación a las directivas de los partidos comunistas y en última instancia a la política exterior de la URSS, ha mostrado, pese a su fuerte presencia en algunos países, su inviabilidad. Los recientes acontecimientos en Europa del Este seguramente habrán de acelerar la pérdida de importancia de esta corriente en su forma tradicional.

Si bien todas estas concepciones, en tanto prácticas y estilos sindicales, muestran evidentes síntomas de crisis, puede afirmarse que todavía no han sido superadas y siguen marcando significativamente al movimiento sindical. En su resistencia a adaptarse a la situación cambiante, bloquearon muchas veces las necesarias discusiones acerca de estos cambios que ha experimentado el mundo del trabajo y de las conclusiones programáticas y estratégicas que de ellos deben extraerse.

Hoy por hoy, pocas son las organizaciones sindicales donde se lleve adelante una discusión sobre las importantes modificaciones que se están produciendo en la

composición de la fuerza laboral, los efectos de las nuevas tecnologías sobre la organización del trabajo, la integración de la mujer trabajadora en las estructuras sindicales, el rol de los técnicos y profesionales, una mayor participación en la política de las empresas, la necesidad de un asesoramiento científico para la formulación de estrategias sindicales, etc.

En muchos casos se han aferrado a un discurso obrerista que no concuerda con la realidad, mantienen estructuras organizativas obsoletas, marginan a la mujer trabajadora de sus estructuras sindicales y continúan viendo a los profesionales y técnicos como algo ajeno al sindicalismo.

Entre las pocas organizaciones sindicales que intentan practicar un sindicalismo moderno y flexible se destaca la Central Unica de Trabajadores (CUT) de Brasil, que ha tenido la ventaja de no estar excesivamente influenciada por tradiciones rígidas y dogmas inflexibles. Esto le ha permitido orientarse más fácilmente hacia los nuevos retos y desafíos. También en Chile, Uruguay y otros países puede observarse una creciente discusión alrededor de plataformas sindicales renovadas, donde se intentan combinar las tradiciones positivas del movimiento obrero con los requerimientos actuales.

Una imagen que empeora

Existen otras circunstancias que merecen la preocupación de las dirigencias sindicales. En varios países, la imagen del movimiento obrero en la opinión pública ha empeorado. Las razones son diversas y no siempre aparecen con toda claridad. En algunos casos, la imagen negativa del movimiento sindical está ligada a delitos de corrupción en los cuales se han visto envueltos distintos dirigentes sindicales. En otros, los compromisos de las dirigencias con el poder han contribuido al deterioro de dicha imagen. Un tercer elemento podría ser que el movimiento sindical en general goza de menos legitimidad y representatividad frente a la opinión pública.

También un factor importante que aparece como causa del deterioro de la imagen del sindicalismo en la opinión pública en varios países es el efecto que produce el aumento de los conflictos laborales, especialmente en el ámbito de los servicios públicos. Aquí, el sindicalismo queda atrapado en un círculo vicioso. Dentro del cronograma de ajuste de los distintos gobiernos, la política de reducción del gasto público y dentro de éste especialmente la parte salarial - sea a través de reducciones salariales o de despidos masivos -, ocupa un lugar privilegiado.

Frente a esta política, los sindicatos de los servicios públicos incrementan sus acciones huelguísticas, sin una suficiente evaluación del interés de los usuarios de los servicios de transporte, salud, educación, etc. Esto provoca un malestar cotidiano que contribuye a crear una imagen política negativa del sindicalismo.

Urge a la dirigencia sindical encontrar formas donde se compatibilicen los intereses de los sindicatos con los de los usuarios. Este fenómeno es aprovechado por los medios de comunicación conservadores, los gobiernos y los empresarios para desacreditar al movimiento sindical frente a la opinión pública.

En este sentido se abre un flanco sumamente vulnerable para el movimiento sindical. Porque la combinación de una debilidad generalizada con un descenso de la imagen positiva en la opinión pública, deja demasiado espacio a sus adversarios tradicionales. No por nada pueden observarse en varios países intentos de restringir el derecho de huelga, de prohibirlos en algunas áreas consideradas estratégicas, de flexibilizar las relaciones laborales, y de intervenir en los asuntos internos de los sindicatos.

Radiografía del sindicalismo internacional

Los orígenes del movimiento sindical latinoamericano están fuertemente ligados al sindicalismo internacional. Fueron artesanos, obreros e intelectuales provenientes de Europa, con concepciones ideológicas internacionalistas, sobre todo anarquistas y socialistas, los que jugaron un rol central en la conformación de las primeras organizaciones sindicales. Desde aquellos tiempos el movimiento sindical latinoamericano ha mantenido relaciones más o menos fluidas con el sindicalismo internacional. Solamente en casos excepcionales, como en Argentina bajo la doctrina peronista, el sindicalismo eligió el autoaislamiento.

Si bien la mayoría de las organizaciones sindicales en América Latina se integraron formal o informalmente en una de las corrientes sindicales predominantes, el manejo de las relaciones internacionales y la disposición de finanzas externas se limitaron por lo general a un puñado de dirigentes. De hecho, más allá de los discursos formales, la política concreta de las distintas organizaciones sindicales en América Latina no pasó los límites de un sindicalismo preocupado, casi exclusivamente, por cuestiones de índole local o nacional.

Evaluar el impacto del sindicalismo internacional en América Latina resulta difícil, ya que no pueden separarse claramente los impulsos externos de los procesos internos. Tampoco es fácil realizar una valorización porque junto con los efectos negativos, como la imposición de conceptos sindicales que no siempre se ajustaron a la realidad latinoamericana, el fomento de la corrupción de dirigentes, etc., existen elementos positivos como el ligamiento al mundo externo, la presión internacional en caso de violación de derechos sindicales, solidaridad económica para dirigentes sindicales presos o perseguidos, etc.

¿Cómo se llevan a cabo hoy en día los vínculos entre el sindicalismo internacional y el movimiento sindical latinoamericano?

Por una parte existen las estructuras formales, es decir las tres centrales mundiales, a las cuales un gran número de organizaciones sindicales de la región se encuentran adheridas al igual que a los Secretariados Profesionales que agrupan a los sindicatos de la misma actividad. Por otro lado existe un número de centrales nacionales, agencias y organizaciones no gubernamentales (ONG's) ligadas al sindicalismo de los países industrializados, que mantienen múltiples formas de relaciones con sindicatos en Latinoamérica.

Las tres centrales sindicales mundiales se constituyeron en su forma actual después de la Segunda Guerra Mundial, en base a experiencias organizativas anteriores. La «Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres» (CIOSL, fundada en 1949, sede en Bruselas) agrupa básicamente el sindicalismo de Europa occidental, EEUU, Japón y otros países occidentales industrializados con importante presencia en América Latina y Asia. En el interior de la CIOSL coexisten tradiciones socialdemócratas que practican un sindicalismo sociopolítico basado en una relación igualitaria sindicato-partido, con la concepción estadounidense de un sindicalismo apolítico y - en menor grado - posiciones cristianas y nacionales.

La «Federación Sindical Mundial» (FSM, fundada en 1945, hasta 1990 con sede en Praga, ahora en Moscú) basó originariamente su poder en sindicatos de los países comunistas, que a su vez formaron parte de la estructura del poder estatal. Consecuentemente cuando se cristalizó la ruptura de la URSS con China Popular y Yugoslavia, también los sindicatos de estos países dejaron de ser miembros de la FSM. La concepción sindical de la FSM se basa en la tradición leninista, según la cual el sindicato actúa como correa de transmisión del partido único del proletariado, es decir, del partido comunista. En los países del socialismo real, esta concepción tuvo como lógica consecuencia que los sindicatos se diluyeran en las estructuras del po-

der. El aparato sindical, con toda una serie de privilegios sociales y económicos, se transformó en una institución de control y desmovilización de la clase trabajadora. Fuera del bloque soviético, la FSM tuvo sobre todo presencia en aquellos países donde existía un fuerte PC pro soviético con influencia sobre los trabajadores. En estos países el sindicalismo pro comunista mantuvo su autonomía frente al Estado logrando con frecuencia un alto grado de combatividad. La FSM, que acusaba formalmente 190 millones de afiliados, era numéricamente la más fuerte. Estas cifras se relativizan si se toma en cuenta que 90% de los afiliados provenía de los países del socialismo real, donde la afiliación sindical es prácticamente obligatoria.

En fin, la «Confederación Mundial de Trabajadores» (CMT, fundada en 1968, en base a la «Confederación Internacional de Sindicatos Cristianos», con sede en Bruselas) corresponde a la tradición del sindicalismo cristiano y está fuertemente ligada a la Iglesia católica y frecuentemente a partidos de tendencia demócrata cristiana. Aparte de algunas centrales minoritarias en Europa occidental, la CMT tiene alguna presencia en América Latina.

Presencia del sindicalismo internacional en América Latina

Las tres centrales mundiales están representadas en América Latina por organismos que formalmente, o de hecho, funcionan como organizaciones regionales.

La «Organización Regional Interamericana de Trabajadores» (ORIT, fundada en 1952, con sede en México) por mucho tiempo funcionó, más que como filial de la CIO, como instrumento de la política exterior de la central estadounidense AFL-CIO. En este marco la ORIT propugnaba una concepción que oscilaba entre la promoción de un modelo democrático según parámetros norteamericanos y la confrontación frente a diferentes intentos de reformar las sociedades latinoamericanas, que eran simplemente vistos como obra de la subversión o de la conspiración comunista. El control que ejercía la AFL-CIO sobre la ORIT era entendible, tomando en cuenta el poder económico y político de la central norteamericana comparado con la relativa debilidad de los sindicatos latinoamericanos afiliados y, paralelamente, la débil posición del sindicalismo europeo en la época de postguerra, que por entonces concentraba su mirada hacia sí mismo y exhibía cierto desinterés hacia América Latina.

Esta correlación de fuerzas habría de cambiar hacia los años 70, al fortalecerse el sindicalismo europeo, al debilitarse el sindicalismo estadounidense - reflejado en una fuerte reducción de la tasa de afiliación (aprox. 16%) - y al producirse una cre-

ciente concientización del sindicalismo latinoamericano. En este marco se dio una profunda reforma de la ORIT, que se expresó en una elevada latinoamericanización de sus posiciones políticossindicales y un viraje de un sindicalismo apolítico hacia un sindicalismo sociopolítico.

El «Consejo Permanente de Unidad Sindical de Trabajadores de América Latina» (CPUSTAL, fundado en 1964, con sede en México) fue el heredero de la disuelta Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL). FSM/CPUSTAL logró influencias y adhesiones sobre todo en aquellos países latinoamericanos donde existían partidos comunistas pro soviéticos que tenían cierta incidencia sobre el movimiento obrero. El eje de la actuación de la CPUSTAL y su referente principal lo conformaría la CTC en Cuba.

De hecho el sindicalismo latinoamericano estuvo atrapado, sobre todo en los años 50 y 60, dentro de los parámetros de la Guerra Fría, expresada sindicalmente por FSM/CPUSTAL y ORIT/AFL-CIO. Esta polarización, que no respondía a los intereses del sindicalismo latinoamericano, debilitó fuertemente la acción sindical y fomentó las divisiones.

La Central Latinoamericana de Trabajadores (CLAT, fundada en 1971, sucesora de la «Confederación Latinoamericana de Sindicatos Cristianos» con sede en Caracas) intentaba en sus comienzos presentarse como alternativa frente a esta polarización tratando de aparecer como abogado de los intereses tercermundistas. Este discurso progresista chocó en muchos países latinoamericanos con prácticas conservadoras, muchas veces subordinadas a la línea de los partidos demócrata cristianos y/o a la Iglesia católica. Para la CLAT el problema mayor continúa siendo no haber podido lograr en ningún país la adhesión de las centrales mayoritarias, así como carecer de un referente sindical importante en otras partes del mundo.

La situación del sindicalismo internacional en América Latina en los años 80, antes de los cambios espectaculares que habrían de producirse en Europa oriental puede resumirse de la siguiente forma: las afiliaciones formales y la presencia organizativa de las tres centrales mundiales se habían mantenido básicamente intactas¹. La FSM/CPUSTAL tenía ya sus afiliados más importantes en Cuba (CTC), en Perú (CGTP), en Bolivia (COB) y Nicaragua (CST). Las dos últimas centrales se afiliaron recientemente en los años 80. Existe una presencia informal del FSM/CPUSTAL en

¹En algunos casos organizaciones sindicales se afiliaron solamente a la central mundial y no a la organización regional y en otros casos solamente a las organizaciones regionales.

aquellos países donde hay un PC de cierto peso, como en los casos de Uruguay, Chile y Colombia.

CIOSL-ORIT tiene sus organizaciones adheridas más importantes en Venezuela (CTV), México (CTM), Argentina (CGT-A), Ecuador (CEOSL) y países centroamericanos y caribeños (especialmente Honduras, Panamá, República Dominicana, Caribe de habla inglesa).

La CLAT, por su parte, mantiene alguna presencia en Centroamérica. Frente a la imposibilidad de afiliar organizaciones sindicales importantes, optó por una estrategia de trabajo sobre sindicatos dentro de las centrales, caso Argentina, o por formar corrientes, caso Uruguay.

En varios países latinoamericanos, después de largas épocas de dictadura, los sindicatos se han reconstruido en forma diferente o han aparecido rupturas con el pasado. En Brasil, por ejemplo, se fomentó, frente a concepciones tradicionales de un sindicalismo ligado al aparato del Estado, una central autónoma, la CUT. En Chile se formó en 1988 la Central Unitaria de Trabajadores, que por un lado se ubica en parte en la tradición de la CUT anterior que fue disuelta en 1973 por la fuerza, y por otro lado, presenta rasgos claramente diferentes. En Uruguay el PIT-CNT se fundó teniendo en cuenta la tradición del CNT, igualmente disuelto en 1973 por la dictadura, pero también con importantes modificaciones en los estilos y prácticas sindicales. En Colombia se constituyó igualmente una Central Unica de Trabajadores (CUT) que logró tendencialmente superar la histórica división sindical. En Paraguay, la pequeña pero activa oposición sindical contra la dictadura de Stroessner (1954-1989) se transformó en 1989 en la Central Unica de Trabajadores (CUTP). Todas estas centrales se han mantenido independientes de las centrales mundiales, si bien en los casos de la CUT de Colombia y la CUT de Chile los sectores no comunistas se integraron a CIOSL/ORIT, a través de un mecanismo específico.

Pero más allá de las afiliaciones formales, donde - para repetir - no se registraron modificaciones fuertes, hay que señalar que se han producido cambios decisivos en la imagen pública de las centrales internacionales. Mientras FSM/CPUSTAL y la CLAT, aferradas a sus concepciones tradicionales, se mostraron incapaces de renovar sus plataformas sindicales, la ORIT por el contrario avanzó en la elaboración de estrategias que se adecuan más a los cambios en la sociedad. Si bien algunas de las ideas centrales expresadas en los últimos documentos de la ORIT no son compartidas por igual por todas las organizaciones afiliadas, y falta todavía recorrer un largo camino para poder llevarlas a la práctica, éstas encontraron a su vez amplia

aceptación en las organizaciones sindicales independientes. De este modo, antes de los eventos en Europa oriental la ORIT logró, en la discusión programática, asumir un rol preponderante dentro de los parámetros del sindicalismo internacional en América Latina.

Las transformaciones en Europa oriental

Los virajes ocurridos en Europa oriental tienen importantes consecuencias tanto sobre el sindicalismo a nivel mundial como en el latinoamericano. El modelo sindical practicado en el socialismo real, que combinaba una concepción leninista con funciones para estatales, se encuentra en franco proceso de disolución. Este tipo de sindicalismo ya mostraba desde hace tiempo síntomas de crisis que se manifestaron en su forma más dramática en Polonia, donde el sindicato autónomo Solidaridad logró, después de largas luchas, romper el monopolio que ejercía el sindicato oficial. Ahora, en cuestión de pocos meses, en algunos países del Este también el sindicalismo oficialista ha desaparecido. En Checoslovaquia, la antigua República Democrática Alemana y Hungría las viejas estructuras sindicales ya no existen más. En otros países, un proceso similar está en marcha, a través de las transformaciones de las organizaciones oficialistas o por la aparición de nuevos sindicatos. Incluso en la Unión Soviética se perfilan cambios en la estructura sindical, aunque de manera menos clara.

¿Qué perfil tendrá el sindicalismo que está surgiendo ahora en Europa oriental? Seguramente va a mostrar características programáticas y organizativas similares a las de Europa occidental. Su tasa de sindicalización va a ser sensiblemente menor, principalmente porque no existe más presión estatal para organizarse, pero quizás también porque parte de la población todavía está impregnada de la imagen negativa de un sindicalismo que representaba los intereses del poder estatal. El nuevo sindicalismo tendrá que ir mostrando a los trabajadores su utilidad.

Por otro lado creemos que será un sindicalismo que durante bastante tiempo se volcará a sus propios problemas internos, que debería pasar por una dura y rápida fase de aprendizaje respecto de cómo llevar adelante las negociaciones colectivas, cómo mejorar las condiciones de vida y trabajo, cómo organizar las huelgas de manera efectiva, etc. Las nuevas estructuras económicas que se están conformando en Europa oriental, seguramente no serán demasiado benevolentes con un sindicalismo que intente representar genuinamente los intereses de los trabajadores. Sólo después de su afirmación y consolidación en sus respectivas sociedades aquél podrá reaparecer activamente en la escena internacional.

Estos desarrollos ponen en jaque el futuro de la FSM como central internacional. Por una parte, la FSM ha perdido varias de sus más importantes centrales afiliadas en un proceso que seguramente habrá de continuar. Por otro lado, la FSM ya no dispone más del amplio financiamiento estatal con el cual había podido mantener su estructura organizativa como también apoyar financieramente a sindicatos en varias partes del mundo. Se puede prever, en consecuencia, que la FSM va a perder su rol como uno de los referentes del movimiento sindical internacional, y hasta puede llegar a disolverse.

¿Quién podrá sacar ventajas de la decadencia de la FSM? Seguramente la CIOSL, a la cual ya se han afiliado los sindicatos checoslovacos, Solidaridad de Polonia, e indirectamente a través de la central sindical de Alemania Federal, el DGB, los sindicatos de la disuelta República Democrática Alemana. La tercera central sindical internacional, la CMT, ya marginada de la política sindical desde hace muchos años, tampoco podrá sacar provecho de esta situación, si bien el sindicato polaco Solidaridad se ha igualmente afiliado a ella. Y en este contexto tampoco hay que descartar la posibilidad de que la CMT se integre a la CIOSL, cosa que no parece lejana, dado que sindicatos con tradición u origen cristiano, como la CISL de Italia (que fue fundadora de la CIOSL) o la CFDT de Francia se encuentran afiliadas a la CIOSL.

Los efectos en América Latina

Cuáles pueden ser las consecuencias del debilitamiento de la FSM en el mundo sindical latinoamericano. A primera vista desaparece un referente internacional para una importante corriente sindical en América Latina, y consecuentemente también una de las fuentes importantes de financiamiento externo. Tampoco la CTC cubana, que cumple un rol central dentro del esquema de acción de la FSM/CPUSTAL en América Latina, puede cubrir este vacío, por un lado debido a los graves problemas económicos que afectan la isla y por otro porque tampoco va a disponer de los fondos anteriores de la FSM/CPUSTAL.

Pero más allá de los efectos sobre el sindicalismo internacional, los acontecimientos en Europa oriental están provocando una fuerte discusión en los partidos comunistas latinoamericanos alrededor de las conclusiones que hay que sacar de la virtual disolución de un modelo político económico que sirvió como sendero para varias generaciones de comunistas. Este debate gira alrededor de la opción entre una renovación profunda, que significa despedirse de viejos dogmas y prácticas o efec-

tuar modificaciones de índole cosmetológica. Esta controversia se ha trasladado al seno del sindicalismo pro comunista con resultados todavía no muy claros.

En América Latina queda la ORIT como referente internacional, por el hecho de haber logrado a tiempo renovar su plataforma sindical. Pero la ORIT se ve enfrentada a varios retos. Por un lado debe encontrar los caminos para que sus concepciones teóricas sean puestas en práctica, también en aquellas organizaciones adheridas cuya política sindical todavía se encuentra lejos de estos postulados. Por otro lado, la ORIT deberá tender a consolidar y profundizar sus lazos con el sindicalismo independiente en la región y fomentar las fuerzas renovadoras en el sindicalismo procomunista en crisis. Por último, tendrá que hacerse cargo de un problema que se encuentra estrechamente relacionado con el desarrollo en Europa del Este. La CIOSL, como institución madre de la ORIT, y en especial los sindicatos de Europa occidental, que a su vez son uno de los ejes de poder de la CIOSL, van a orientar en un futuro cercano sus acciones y programas de apoyo, prioritariamente, hacia los países de Europa del Este. Tomando en cuenta las tradiciones históricas, los lazos culturales, la cercanía geográfica y demás factores, esa tendencia parece lógica y casi natural. Pero a la vez la ORIT en representación del sindicalismo latinoamericano debe presionar y garantizar que la CIOSL y el sindicalismo europeo sigan prestando atención a los problemas de América Latina, que se encuentra cada vez más marginada de la política internacional.

Perspectivas

El futuro próximo del movimiento sindical latinoamericano no parece demasiado promisorio. No existen evidencias que indiquen un mejoramiento en la economía latinoamericana en el corto plazo. Los gobernantes parecen dispuestos a seguir con sus programas de ajuste, aceptando a priori el alto costo social que éstos traen aparejados. Por otro lado, el interés político y económico de los países industrializados tiende a orientarse fundamentalmente hacia Europa del Este acentuando el proceso de marginación de América Latina.

El movimiento sindical latinoamericano seguirá de esta forma atrapado entre los parámetros de la crisis económica y las políticas de ajuste, combinado con los intentos de los factores de poder de acortar sus espacios de acción.

El peso de estos factores negativos que recaen sobre el movimiento sindical se asocian con una serie de retos de tal envergadura y actualidad que no permiten ninguna postergación. Ahora bien, si el movimiento sindical no logra confrontarse de

manera efectiva y positiva a estos retos podría significar su segura marginación en un futuro no lejano. Uno de estos retos está relacionado con la búsqueda de soluciones concretas y prácticas para ver de qué manera el movimiento sindical logra construir una relación con el sector informal. Dentro de esta tarea, el movimiento sindical deberá repensar su concepción acerca del trabajo. Hasta hoy la preocupación casi exclusiva del sindicalismo ha sido el trabajo asalariado dentro de un esquema clásico cuyo eje es el obrero industrial, con el consiguiente criterio de que las demás formas de trabajo constituyen algo marginal. Pero si el movimiento sindical aspira a mantenerse como uno de los ejes de la sociedad civil deberá buscar nuevas definiciones y conceptos más amplios acerca del mundo y las relaciones de trabajo. Así en algunos países latinoamericanos, sobre todo en la región andina, donde existe una larga tradición de trabajo informal, ya se han realizado diversas e interesantes experiencias respecto a formas de comunicación eficaces entre grupos informales y organizaciones sindicales.

Otro desafío para el movimiento sindical es la necesidad de asumir de manera seria el problema de la mujer trabajadora, tanto en lo que se refiere al fortalecimiento de sus organizaciones como de la visión programática, circunstancias, que exigen un enfoque distinto. Es difícil entender que a pesar de contar con un potencial sindicalizable cada vez más reducido en las sociedades latinoamericanas, la fuerza laboral femenina continúe siendo un tema relegado por el sindicalismo. Pero no se trata solamente de la integración real de una parte importante de la fuerza laboral en las estructuras sindicales para fortalecer y ampliar su organización, sino también de un problema de credibilidad y legitimidad. Porque si el sindicalismo quiere ser coherente con sus banderas históricas de representación de los intereses históricos de explotados, marginados y discriminados no puede menospreciar a las mujeres que, en la mayoría de los países latinoamericanos, representan más del 25% de la fuerza laboral.

Otros retos están constituidos por la necesidad de procesar más a fondo los cambios en la organización del trabajo, impulsados sobre todo por los efectos de las nuevas tecnologías. Dentro de la fuerza laboral asalariada crece cada día más el peso de los técnicos, profesionales y empleados administrativos en detrimento del de los obreros. Estos sectores «no tradicionales» no se sienten atraídos en forma automática por las concepciones sindicales tradicionales que privilegian, generalmente, concepciones obreristas. Si los sindicatos quieren integrar en forma permanente y activa estos nuevos sectores deberán adecuar la política sindical de manera que también estas nuevas capas de trabajadores se puedan sentir identificadas. Del logro de este objetivo depende también en gran parte la suerte del sindicalismo dado

que estos cuadros de empresa cumplen roles centrales específicos en el ámbito de la producción y de los servicios y también pueden aportar conocimientos importantes para cualquier estrategia y política sindical.

Dentro de este panorama político, social y económico más bien oscuro y frente al gran número de retos y desafíos que no permiten postergación se pueden observar tres estrategias básicas sindicales de sobrevivencia. En algunos casos, algunas organizaciones han optado por la subordinación a sus respectivos gobiernos compartiendo la política de ajuste con el argumento de responder así a los intereses generales antepuestos a los sectoriales. En otros casos, los sindicatos han optado por la resistencia y la confrontación aunque frecuentemente recurriendo a conceptos, discursos y estrategias de lucha que en la actual coyuntura muestran escasa eficacia.

Otra concepción cristalizada en algunas organizaciones sindicales intenta, en base a su fuerza - o debilidad - real, desarrollar una estrategia flexible de confrontación y negociación, salvaguardando su autonomía, confrontándose al mismo tiempo con los numerosos retos y desafíos. Esta estrategia requiere la integración y disponibilidad de un asesoramiento científico sistemático y permanente. Y significa a la vez que estos sindicatos destinen parte de sus escasos fondos económicos a este tipo de asesoramiento, que en muchas organizaciones sindicales todavía es visto como algo no prioritario.

De las tres estrategias que se pueden observar, ni la de subordinación a la política de los gobiernos, ni la de la confrontación permanente parecieran ser capaces de asumir estos desafíos. Probablemente la tercera estrategia tenga más posibilidades de existencia efectiva y mayor capacidad para asumir algunos de los retos más importantes.